

LA FALACIA DE LAS NUEVAS TECNOLOGÍAS

José María Navarro

Es cierto que el pensamiento del hombre precede a cualquiera de sus realizaciones. La técnica es también un producto y resultado del pensamiento humano. Y, sin embargo, nunca fue mayor el divorcio entre las ciencias del espíritu —como las llaman los alemanes; las Humanidades, como las llamamos los países latinos— y las nuevas tecnologías. La dicotomía Ciencias del espíritu versus Ciencias Naturales parece presentarse como campos antagónicos. La prueba de que no existe tal antagonismo es evidenciada por su armónica ensambladura en el espíritu de los grandes pensadores de la cultura. Solamente un criterio estrecho, miope, mezquino, puede perder de vista la coherencia entre ambas direcciones del pensamiento.

Si bien es cierto que en grandes pensadores europeos se han señalado claramente diferencias metodológicas importantes, ningún filósofo ha intentado marcar un orden jerárquico entre ellas. Dilthey intentó fundamentar las Humanidades sobre un terreno diferente al de las Ciencias Naturales. Al mismo tiempo rechazaba que éstas tuvieran un carácter autónomo en su epistemología.

Sin embargo nuestro problema actual no es una discusión metodológica entre humanistas y representantes de las Ciencias

Naturales sino el establecimiento de un criterio de prelación para el producto o resultado de éstas: las llamadas nuevas tecnologías. Nadie duda del espectacular avance que representa poder realizar complicadas operaciones mentales con una simple destreza técnica, al alcance de cualquier muchachito espabilado. Visto así, la técnica desborda a la ciencia, y la destreza al pensamiento.

Naturalmente en un mundo como el actual, en el que es más importante hacer las cosas a prisa que hacerlas bien, las llamadas nuevas tecnologías cuentan con el poderoso aliciente de su velocidad.

Pero el apresuramiento, el mayor enemigo del pensar reflexivo, en manos de los apóstoles del consumo, sirve para ocultar, tras la espectacularidad y eficiencia de la computadora, que el pensamiento es anterior e indispensable en todo proceso mental, desde las ciencias del espíritu a las naturales y, por supuesto, a su derivado empírico, la técnica.

Esta falacia ha llevado a una violenta jerarquización del saber que no se ha detenido ante las universidades. Hoy, las nuevas tecnologías gozan no sólo de las ventajas prácticas en la elección del futuro profesional sino que además, el ciego frenesí publicitario de sus promotores tiende a desplazar como un lujo bello pero inservible las humanidades.

Voy a intentar presentar dos claros ejemplos de la tesitura falaz de este criterio.

Alemania es el país occidental con la tradición filosófica más larga e intensa de Occidente. Su filosofía, a veces para bien, otras para mal, ofreció siempre un pensamiento científicamente riguroso, del que partieron las ideas que más profundamente han conmocionado nuestra política, nuestra sociedad y nuestra economía.

Desde la «crítica de la razón pura» de Kant, hasta la «crítica de la razón histórica» de Dilthey, pasando, a grandes rasgos, por la filosofía de Hegel, con consecuencias tan bifurcantes, hasta

Husserl, Heidegger y, en última instancia, Bloch, el pensamiento alemán ha sido un proceso incesante de confrontación entre el yo y el no -yo, del mundo de las ideas con el universo de la realidad.

La conjunción Humanidades-Ciencias Naturales ha producido lo más importante que el hombre ha creado en ambos terrenos. Porque detrás de cada aspirina hay dos siglos y medio de filosofía alemana. Dos siglos y medio de saber pensar. Planteadas así las cosas, nada más fácil que desmitificar el llamado «milagro alemán» de su recuperación tras la Segunda Guerra Mundial. Desde el criterio que he presentado, dicha reconstrucción fue el resultado de una cultura en la que el pensamiento, el aprender a pensar, es el punto de partida de cualquier actividad en cualquier ámbito de la ciencia e, incluso en su derivación secundaria, la técnica.

El segundo ejemplo guarda relación con la actitud de dos culturas diferentes frente a la valoración de los procesos del pensamiento y, con ello, de las humanidades.

Norteamérica, lo mismo que la República Federal de Alemania, dos países de organización capitalista con todas sus consecuencias, «importan» cerebros. Pero los grandes cerebros importados por Norteamérica, después de pocos años pareciera que se agostan, como las flores cortadas de un jardín. Por el contrario, el considerable contingente de hombres de ciencia, humanistas y científicos, como planteles dotados del humus adecuado, reciben el estímulo de una cultura basada en una fuerte tradición humanística. A pesar de que, tanto la República Federal como la ex-República Democrática, están sufriendo el fuerte impacto de las nuevas tecnologías, con la consiguiente sustitución del pensar por el hacer, todavía una fuerte corriente de las ciencias del espíritu, en lucha abierta con la discriminación y falta de medios y estímulos de que es víctima, principalmente por parte de los políticos de todos los partidos y países.

Reflexionemos ahora sobre la situación de Venezuela ante esta cuestión. Se ha dicho repetidas veces que la tendencia hacia una formación universitaria predominantemente humanística

iba en detrimento del progreso del país que, en su lugar, debería fomentar los estudios técnicos.

La contradicción aparente entre un país con el mayor nivel del mundo en cuanto al progreso técnico y de las ciencias naturales, basado en un sólido fundamento humanístico —como es el caso de Alemania— frente a la situación de un país como Venezuela —e independientemente de otras causas y factores—, al que se acusa de un excesivo cultivo de las humanidades, causa de su débil estructura técnica y científica, tal vez pudiera resolverse sin complicaciones, si se observa cuál es ese fomento y promoción de las ciencias del espíritu que la política cultural concede a las universidades venezolanas.

Con el señuelo de las llamadas nuevas tecnologías se está intentando convencer a los venezolanos de que la computadora, como una varita mágica, será la solución profesional de todos los males. Sin embargo, nadie ha podido comprobar hasta hoy que los grandes consorcios y multinacionales que promocionan sencillamente la venta de un producto, hayan promocionado en lo más mínimo la producción y desarrollo científico y técnico de computadoras e inteligencias artificiales por los propios venezolanos.

Cuando, hace aproximadamente 30 años, las grandes empresas de electrónica inundaron los liceos y universidades de laboratorios de lenguas, los profesionales de la enseñanza de idiomas se quedaron esperando el apoyo de esas grandes vendedoras de máquinas parlantes en cuanto al desarrollo de programas adecuados al empleo de esos laboratorios.

Las nuevas tecnologías son un instrumento. Muy útil. Pero nada más que un instrumento. El que debe pensar es el hombre y, por lo tanto, debe enseñársele a pensar, como único procedimiento para que sea verdaderamente libre. En lo político, en lo social y en lo económico; con capacidad para afrontar por sí mismo falacias y manipulaciones.